Mi buen amigo Manuel Suárez García

El autor

LIGERITA DE CASCOS

Sinesio Delgado

LIGERITA DE CASCOS

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

LUIS TORREGROSA

Representada por primera vez en el TEATRO ROMEA el día 24 de Abril de 1900.



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mercedes	Srta. Prado.
Doña Lucía	Sra. Guerra.
Luis	Sr. Chicote.
Filiberto	» Nart.
Caballero 1.º	» Medina.

Señoras y Caballeros.—Coro general.

Época actual.—Derecha é izquierda, las del actor mirando al público.

ACTO ÚNICO

Jardín de hotel ó casa de recreo en un pueblo cercano á Madrid. A la izquierda fachada principal del edificio con puerta grande practicable. Al foro verja. Bancos, mecedoras y sillas de rejilla. Un velador con periódicos y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

Coro de Señoras y Caballeros

Música.

(Van saliendo de la casa por grupos, figurando despedirse de una persona que está dentro.)

Todos. Adiós y muchas gracias
por su amabilidad.
A tantas atenciones
se corresponderá.
Hombrs. Simpática es la niña.
Mujers. Sin duda que lo es.
Hombrs. Vendremos con frecuencia.
Mujers. Alguna que otra vez.
Hombrs. Debe ser rica.
Mujers. Puede que no.
Hombrs. Nunca la he visto.

MUJERS. Tampoco yo.
HOMBRS. Algún misterio
debe tener.
MUJERS. Pues eso pronto
se ha de saber.
Es charlatana y es pizpireta,
mira de un modo particular
y tiene trazas de ser coqueta
y tiene gancho para engañar.
No cuenta de su vida
nada concreto,
sin duda porque en ella
tiene un secreto.
Y aunque ha hablado con todos,
nadie ha sabido
ni cuál es su familia
ni á qué ha venido.
HOMBRS. Es muy graciosa y es muy discreta,
se ve que sabe brujulear,
y da á su alegre mirada inquieta
un atractivo particular.
Yo no sé si es casada,
viuda ó soltera,
sólo sé que me agrada
sobremanera,
y tiene en su persona
tal simpatía
que el intimar con ella
me gustaría.
MUJERS. Es peligrosa.
HOMBRS. Puede que sí.
MUJERS. Mas no importa.
HOMBRS. Tampoco á mí.
MUJERS. ¿Quién será el hombre
de esa mujer?
HOMBRS. Tarde ó temprano
se ha de saber.
MUJERS } Es charlatana y es pizpireta (etc.)
HOMBRS } Es muy graciosa y es muy discreta (etc.)

(Vanse por la derecha. Cuando Filiberto los llama vuelven á escena algunos caballeros.)

ESCENA II

FILIBERTO, LUIS, CABALLEROS.

Hablado.

FILIB. ¡Eh! Caballeros, señoras,
¿qué es eso? ¿Se ha concluído
la visita?
CAB. 1.° Hace un momento;
nos marchamos ahora mismo.
LUIS. Y ¿qué tal es la vecina
nueva?
CAB. 1.° A mí me ha parecido
muy agradable.
FILIB. ¡Caramba!
¡Ya lo creo! ¿No te he dicho
que allá en Madrid nos traía
de coronilla á los chicos
de las Calatravas?
CAB. 1.° ¡Hola!
¿Usted la conoce?
FILIB. ¡Digo!
La he seguido veinte veces
dedicándola suspiros
entrecortados, y frases
de esas que ablandan un risco.
LUIS. ¿Y qué?
FILIB. Nada. Más valiera
que me hubiera dirigido
á la estatua de Espartero
ó á las fieras del Retiro.
LUIS. ¿Tan difícil es?
FILIB. ¡Calcula!
Cuando yo, que tengo estilo
propio para las mujeres,
me he marchado de vacío,
es porque es más que difícil,
¡es imposible!
LUIS. Pues, hijo...
esas son las que me gustan.

FILIB. ¿Sí?
LUIS. Y aprovecho el aviso.
Ya tengo entretenimiento
para pasar el estío.
FILIB. ¿Piensas dedicarte á ella?
LUIS. Y á escape, con tu permiso.
FILIB. Te llevas chasco.
LUIS. Veremos.
(A los demás.) Señores, ya habéis oído.
No conozco á esa señora;
pero le apuesto á este amigo
una merienda en el soto,
para todos, á que rindo
esa plaza inexpugnable.
(A Filiberto.) ¿Conviene?
FILIB. Está convenido.
¿En cuánto tiempo?
LUIS. En tres días. (Se ríen todos.)
¿Os reís? ¡Pues queda dicho!
FILIB. ¡Don Juan Tenorio!
LUIS. Ahora vengan
los datos que necesito.
¿Cómo se llama?
FILIB. Lo ignoro.
LUIS. ¿Tiene padre, hermanos, tíos?...
FILIB. No conozco á la familia.
LUIS. Pues, hombre, te has divertido
siguiéndola. ¿Es rica?
FILIB. Debe;
ha comprado este hotelito
para pasar el verano.
LUIS. Mejor. Empiezan los tiros. (Se dirige á la casa,)
FILIB. ¿Dónde vas?
LUIS. A presentarme
como los demás vecinos
han hecho ya. (Al Caballero 1.°) ¿Estaba sola?
CAB. 1.° Cuando nosotros salimos
quedaba doña Lucía
con ella. (Luis retrocede rápidamente.)
LUIS. ¿Ese basilisco?
¡Vade retro¡
FILIB. ¿Te arrepientes?
LUIS. Por el momento. Suprimo

el ataque á la trinchera,
porque tiene el enemigo
un cañón de á veinticuatro
que es capaz de hacerme cisco.
Volveré luego. Señores,
¿vamos?

Cab. 1.° Andando.

Filib. Yo insisto
en saludarla.

Luis. Hasta luego. (Medio mutis.)
¡Ah! que en la merienda exijo
que los vinos sean *super*. (Vanse riendo.)

Filib. ¡Veremos quién paga el vino!

ESCENA III

FILIBERTO.

¿Será capaz? ¡Ca! La niña
es de bastante peligro,
y me parece que el toro
le va á mandar al tendido.
Me alegraré. Yo, que tengo
mejor ropa y mejor físico,
y unas miradas tan tiernas
y unos modales tan finos,
y he trasteado señoras
de todas clases y tipos,
no pude conseguir nada;
conque ¿qué hará el pobrecillo?
Y además me tiene en contra,
porque aquí se juega limpio,
¡qué demonio! Yo defiendo
la merienda, y ahora mismo
entro en casa, me presento,
la saludo y se lo digo.
(Se dirige hacia la casa y retrocede de pronto.)
¡Uy! La vieja cotorrona...
Vía libre, me retiro. (Se retira hacia el foro.)

ESCENA IV

FILIBERTO, DOÑA LUCÍA.

LUCÍA. (Dentro.) Mil gracias. No se moleste,
que ya conozco el camino.
Tendré mucho gusto... (Saliendo.) ¡Calle!
¡Si está aquí Filibertito!
¡Cuánto me alegro!

FILIB. ¿De veras?
¡También me alegro muchísimo
del encuentro!

LUCÍA. Va usté á hacerme
un favor.

FILIB. (Ya me he caído.)

LUCÍA. Acompáñeme usté á casa.
Ya sabe usté dónde vivo,
¿verdad? Aquí, á cuatro pasos,
á la vuelta del casino,
donde suele haber algunos
jóvenes tan atrevidos
que, en viendo á una señorita
sola, pierden los estribos,
la dicen cuatro burradas
y se quedan tan tranquilos.
Con usted ya voy segura,
porque no corro peligro.

FILIB. (Ni sola tampoco.) Iba...

LUCÍA. ¿A ver á la que ha venido?
No tenga usted mucho empeño,
porque no vale un comino.
Es fea como un demonio,
y debe tener un lío
regular, porque no suelta
media palabra ni á tiros.
¿Querrá usted creer que estuve
sola con ella hora y pico
y no he podido sacarla
ni siquiera el apellido?
Aquí, para entre nosotros,
yo creo que no debíamos

tratarla. Tiene un aspecto
de género *corrosivo*
que no me gusta...

FILIB. ¡Señora,
por Dios! ¡No adelante juicios!

LUCÍA. ¿Usted la conoce?

FILIB. Poco.
De vista.

LUCÍA. ¿No más? ¡Ah pillo!
Y á propósito, ¡qué extraño
es verle solo! ¿Y su amigo?

FILIB. ¿Luis? Se marchó hace un instante.

LUCÍA. Me alegro. Es un torbellino,
y yo le tengo más miedo
que á un nublado con pedrisco.
¿Sabe usted que me persigue?

FILIB. ¿El?

LUCÍA. Pero es tan libertino
que, francamente, no quiero
decidirme...

FILIB. Pero ¿ha dicho
algo?

LUCÍA. Decir.. poca cosa,
pero yo le he conocido
la intención.

FILIB. (¡Anda, salero!)

LUCÍA. Y, aunque parece buen chico,
eso hay que pensarlo mucho,
como usted comprende.

FILIB. ¡Digo!
Y á cierta edad...

LUCÍA. ¡Filiberto!
¿Qué dice usted? ¡Si es un niño!
Me llevará cuatro meses,
todo lo más

FILIB. (¡Qué castigo
de mujer!)

LUCÍA. Conque ¿nos vamos?
Venga el brazo.

FILIB. (¡Hago el ridículo!)

LUCÍA. Y formalidad, ¿eh? ¡Nada
de carantoñas ni mimos

por la calle.

FILIB. ¡Dios me libre!

LUCÍA. Así, muy serios, muy dignos;
como hija y padre.

FILIB. (¡Una hija
que me lleva medio siglo!) (Vanse.)

ESCENA V

MERCEDES, que sale de la casa.

Música.

La colonia veraniega es muy curiosa;
se han cansado de charlar los infelices;
no han podido averiguar ninguna cosa,
y se han ido con un palmo de narices.
Para clarearme
¡bonita soy yo!
ni digo que sí,
ni digo que no.

—

Siempre que un hombre muy presumido,
con el bigote muy retorcido,
se acerca á mí,
como diciendo: «Paloma mía,
yo te protejo si cualquier día
me das el sí»,
yo le doy alas con un suspiro,
hago unos dengues, y, cuando á tiro
le tengo ya,
le paro en firme con desenfado,
y de la broma no ha resultado
ni fu, ni fa.
Para clarearme
¡bonita soy yo!
ni digo que sí,
ni digo que no.

—

Me gusta mucho mover un cisma,
guardar misterios y ni yo misma
saber quién soy;

que ignoren todos qué historia tengo,
y que no sepan de dónde vengo
ni adónde voy.
Y todavía puede que crean
los inocentes que veranean
en el lugar
que con visitas y recepciones
se disimulan las intenciones
de sonsacar.
Para clarearme
¡bonita soy yo!
ni digo que sí,
ni digo que no.

Hablado.

(Mirando á la derecha.) ¡Calle! Aún me quedan [visitas.
Y yo conozco á este tipo;
pero ¿de qué? ¡No me acuerdo,
vaya!

FILIB. (Saliendo derecha.) ¿Da usted su permiso?

ESCENA VI

MERCEDES, FILIBERTO.

MERC. Adelante.
FILIB. Usted perdone
si cuando todos se han ido
vengo yo... Pero la culpa
no ha sido mía; es del sino,
que me obliga á llegar tarde
siempre y á todos los sitios.
MERC. Nunca es tarde cuando hay gusto,
y en verano no hay cumplidos.
¿Quiere usted sentarse?
FILIB. Gracias.
(Se sientan los dos. Pausa.)
MERC. (Pues, señor, ¿dónde le he visto?)
FILIB. (¿Cómo empezaré? ¡Me luzco

si no doy con el principio!)
(Pausa.)
¿Ha visto usted qué bochorno?

MERC. Sí que hace calor.

FILIB. Muchísimo.
Si cayeran cuatro gotas
refrescaría un poquito
la atmósfera.

MERC. De seguro.

FILIB. ¡Claro! (Pausa.)

MERC. (¡Vaya, nos metimos
en el clima, y á este paso
vamos á sudar el quilo!)

FILIB. (Si fumara esta señora
le ofrecería un pitillo,
y eso sería un pretexto
para... Pero ¡ca! De fijo
no fuma.) (Pausa.)

MERC. Aquí no habrá muchas
diversiones.

FILIB. El tresillo
y el billar. ¡Se hace una vida
monótona! Los domingos
suele haber jiras campestres.

MERC. ¡Pues eso es muy divertido!

FILIB. ¡Mucho!... Para los paletos.
Los madrileños castizos,
cuando nos quitan la Puerta
del Sol estamos perdidos.

MERC. ¡Ah! ¿Usté es de Madrid?

FILIB. ¡Señora!
y un admirador antiguo
de usted...

MERC. ¡Pues no le recuerdo!

FILIB. ¡Después de haberla seguido
dos años y cinco meses!

MERC. ¿De veras?

FILIB. Como un perrito
de lanas; con una carta
preparada en el bolsillo
y un clavel salva la parte.

MERC. ¡Lástima de sacrificio!

No me he fijado...

FILIB. ¡Si ya me decía yo á mí mismo: «No te canses, Filiberto!»... Es mi nombre.

MERC. Muy bonito.

FILIB. Está á su disposición.

MERC. Gracias; yo ya tengo el mío.

FILIB. Pues me decía: «No insistas, es demasiado prodigio para ti...»

MERC. Calle usté, joven, por Dios, que me ruborizo.

FILIB. Pues yo... (Nada, que me atasco. He tomado mal camino. ¡Voy á perder la merienda! (Pausa.) ¡Ah! Ya caigo.) Pues... lo mismo, sobre poco más ó menos, me decían los amigos.

MERC. Eran muy galantes todos.

FILIB. Menos uno.

MERC. ¿Quién?

FILIB. Un chico que tiene muy mala lengua y opina que es muy ridículo el hombre que toma en serio á las mujeres.

MERC. ¡Ah, pícaro!

FILIB. (La ocasión es oportuna.) Aquí, hace un momento, ha dicho cada tontería...

MERC. ¡Hola! ¿Era de esos que han venido á visitarme?

FILIB. No ha entrado; pero como en los corrillos se hacían grandes elogios de los muchos atractivos de usted, y por experiencia de dos años de martirio sé que no están al alcance de cualquier advenedizo,

lo dije así.
MERC. Muchas gracias.
FILIB. Y él ¿sabe usted lo que dijo?
MERC. Algún chiste de mal gusto.
FILIB. ¡Que él rendía ese castillo
en tres días!
MERC. (Levantándose airada.) ¡En tres días!
FILIB. (Se la solté. Se ha ofendido. (Se levanta también.)
¡Tenemos merienda!
(Mercedes, de pronto, rompe á reir á carcajadas.)
(Asombrado.) ¡Concho!)
MERC. ¿Sabe usted de qué me río?
FILIB. De su audacia.
MERC. De que acaso
tenga razón ese pillo.
FILIB. (¡Atiza!)
MERC. Sí, á las mujeres
nos gusta ver el dominio
del hombre. ¡Ya me es simpático,
sin conocerle, su amigo!
FILIB. (He hecho un pan como unas hostias.
¡Este sexo femenino
es el diablo!)
LUIS. (Apareciendo por la derecha.) Señorita...
FILIB. (Á ella.) ¡Más á tiempo!
MERC. ¿Es éste?
FILIB. ¡El mismo!

ESCENA VII

DICHOS, LUIS.

MERC. Caballero...
LUIS. (Á Filiberto.) Ya que ustedes
se conocen, te suplico
que me presentes.
FILIB. (Aparte á Luis.) (¿De modo
que deseas que yo mismo
te ayude á ganar la apuesta
allanándote el camino?
En fin, no hay inconveniente.)

(Presentando.) Luis Vega, el amigo íntimo
de quien ya he tenido el gusto
de hablarla.

MERC. Tengo infinito
placer... (No es mala figura.)

LUIS. (Parece lista.) He venido
á interrumpir.

MERC. Al contrario;
ya casi nos aburríamos,
¿verdad, joven?

FILIB. Sí, ya casi.
(¿A que me toma de pito?)

LUIS. Pues Filiberto es, á veces,
ameno y entretenido.

FILIB. (Á Mercedes.) Me conoce. (Se guasea.)

MERC. Mucho, pero nos habíamos
embarullado en el tema
del calor que hace en estío,
y si usted no viene, creo
que no hubiéramos salido
en tres días. (Marcando intencionadamente la frase.)

LUIS. Muchos días
son.

MERC. ¿De veras? Pues yo opino
que son pocos.

LUIS. (¡Caracoles!
¡Con qué retintín lo ha dicho!
Aquí hay que quedarse solos.
¡Si yo encontrara un motivo
para alejar á este imbécil.)

MERC. (Á Filiberto.) ¡Ah! Joven, usted, que es fino
y amable, ¿querría hacerme
un favor señaladísimo?

FILIB. Señora... (Ya me distingue
delante de él; esto es signo
de que piensa castigarle.)

MERC. Ir á avisar ahora mismo
á doña Lucía.

FILIB. ¡Cómo!

LUIS. (¡Le despide!)

MERC. Necesito
verla; como charla tanto,

no la dije por olvido
lo más importante... Y gracias,
¿eh?

LUIS. Pero, hombre, ¡vamos, vivo!
Las súplicas de una dama
son órdenes.

FILIB. En dos brincos
llego á su casa y la traigo.
(¡Pues vaya un modo bonito
de distinguirme!)

LUIS. (A Filiberto, que pasa junto á él.) (Procura
tardar... y prepara el vino.)
(Filiberto saluda y vase.)

ESCENA VIII

MERCEDES, LUIS.

LUIS. Agradezco á usted de veras
este honor.

MERC. ¿Cuál?

LUIS. El grandísimo
que me hace usted, procurando
quedarse sola conmigo.

MERC. ¡Ah! Pero ¿usted se figura
que es un pretexto el aviso?
¡Vanidad se necesita!

LUIS. No, señora; he conocido
desde que crucé esa verja,
que es dintel del paraíso,
que usted tiene gran deseo
de que hablemos sin testigos.

MERC. ¡Caballero! ¡Usted no sabe
con quién trata! ¡No me ha visto
jamás!

LUIS. Nunca; y lo deploro,
porque fué tiempo perdido
el que he pasado sin verla.

MERC. Pues sepa usté, señor mío,
que no sufro atrevimientos,
y si usted ha hallado indicios

que causen y justifiquen
esos desplantes ridículos,
está equivocado, y debe
confesarlo, y suprimirlos.

LUIS. Perdone usted, señorita;
pero sostengo lo dicho.
Yo soy así, voy al fondo
del asunto sin distingos,
ni recodos, ni rodeos.
Usted despidió á ese tipo
por algo: ¡no cabe duda!
¿Para qué? No me lo explico;
pero usted debe saberlo
puesto que le ha despedido,
y para no hablar en balde
creo que debe decírmelo.

MERC. ¡Hola! ¿Conque usted insiste?

LUIS. ¡Pues ya lo creo que insisto!

MERC. Sea, pues que usted lo quiere:
ni me asustan esos bríos
ni hago caso de los falsos
Tenorios de á perro chico.
¿No quería usté ir al fondo?
Pues vamos. ¡Caballerito,
usté es un tontín.

LUIS. ¡Señora!

MERC. ¡Tampoco yo rectifico!
Porque es tonto el que hace gala
de enamorado atrevido
y piensa que en estos lances
ver y vencer es lo mismo;
y es botarate confeso
y majadero convicto
el que en público promete
conquistar á plazo fijo,
como las máquinas Singer,
mujeres que nunca ha visto.

LUIS. ¿Usted sabe?...

MERC. Lo sé todo.

LUIS. Se lo dijo...

MERC. Me lo dijo
cualquiera, que en estos casos
el correo importa un pito.

Y como es grave la ofensa,
aunque al reo falte el juicio,
debe llevar el culpable
una lección por indigno,
por insolente el desprecio,
por lenguaraz el castigo.

LUIS. ¿Sin oirle?

MERC. Sin oirle,
que en la disculpa hay peligro.
Conque puede usted, si gusta,
irse por donde ha venido,
y no vuelva usted á verme
ni en tres días ni en tres siglos,
porque hago voto de darle
con la puerta en los hocicos.

LUIS. Es que...

MERC. Beso á usté la mano
y allí tiene usté el camino. (Entra en la casa.)

ESCENA IX

LUIS.

Me ha dejado pegado á la pared
y confuso y corrido de verdad,
pero con tal empaque y dignidad
que parece que me ha hecho una merced.
Tengo hambre del desquite. Tengo sed
de abatir ese orgullo sin piedad,
aunque deje, al vencer, mi vanidad
presas las alas en mi propia red.
Me causa ese carácter inquietud,
y aquí me duele el desengaño atroz
que esa mujer me ha dado en buena lid...
¡Si no llego á triunfar de su virtud,
se me van á burlar de viva voz
todos los calaveras de Madrid!

ESCENA X

LUIS. Luego FILIBERTO, LUCÍA.

Música.

LUIS. Me arrojas de tu casa
y tengo que volver,
porque eso me espolea
el ansia de vencer.
Aunque la broma pueda
en veras terminar,
te engañas si has pensado
que voy á renunciar.
FILIB. (Saliendo.) De fijo esa señora
le está esperando á usté.
(A Luis.) ¿Qué tal en la entrevista?
LUIS. La apuesta sigue en pie.
LUCÍA. (A Filiberto.) Parece que está triste.
FILIB. Las penas del amor.
LUCÍA. Sin duda mis desdenes
le causan mal humor.
(A Luis.) Siempre está distraída
el alma enamorada.
LUIS. Déjeme usted, señora,
que no me pasa nada.
FILIB. No tengas esa melancolía
que me da pena mirarte así.
¡Que te consuele doña Lucía,
que tú ya sabes que está por ti.
LUCÍA. Si el ansia le devora,
yo le consolaré.
LUIS. ¡Por Dios! que esa señora
la está esperando á usté.
LUCÍA. Como está aquí Filiberto
disimula su pasión;
pero siempre que me mira
le conozco la intención.
LUIS. ¡Vive Cristo! que el desaire
me ha llegado al corazón,
y es preciso que ese orgullo

se me rinda á discreción.

FILIB. Me parece que la niña
le ha pegado un revolcón,
y le voy á dar la vieja
para la sustitución.

LUCÍA. Como está aquí Filiberto, etc.
LUIS. Vive Cristo, que el desaire, etc.
FILIB. Me parece que la niña, etc.

LUIS. Por Dios, que esa señora
la está esperando á usté.

LUCÍA. Adiós, y ya hablaremos.

FILIB. ¿De qué?

LUIS. No sé de qué.

FILIB. ¿Vienes conmigo

LUIS. Vámonos, sí.

FILIB. Tengo que hablarte.

LUIS. También yo á ti. (Vase Filiberto.)
Me arrojas de tu casa
y tengo que volver;
porque eso me espolea
el ansia de vencer. (Vase.)

LUCÍA. En esas miraditas
tan llenas de pasión
conozco que me adora
con alma y corazón.

ESCENA XI

DOÑA LUCÍA. En seguida MERCEDES.

Hablado.

LUCÍA. Nada, no me cabe duda;
le da vergüenza. Es discreto
y pudoroso. Me agrada
precisamente por eso.

MERC. (Saliendo.) ¡Ay, Lucía! Usted perdone
si me permito de nuevo
importunarla.

LUCÍA. ¡Señora,
por Dios! Si yo no deseo

más que servirla.

MERC. Sin duda
no ha entendido Filiberto
el encargo. No corría
tanta prisa lo que tengo
que preguntarla. ¡Si es una
tontería... ó poco menos!

LUCÍA. Usted dirá.

MERC. Como acabo
de llegar, y aquí no encuentro
amigas de confianza,
y desde el primer momento
he sentido simpatía
por usted...

LUCÍA. Gracias.

MERC. Me atrevo
á consultarla un asunto
sin importancia, que quiero
resolver, y necesito
datos y sanos consejos...

LUCÍA. ¿Consejos? ¡Por Dios, señora!
¡Si yo, por mi edad, carezco
de experiencia! Soy un ave
recién salida del huevo.

MERC. ¡Ah! ¿Sí? ¡Pobre pajarita!
Pues, sin embargo, yo creo
que sus noticias me pueden
servir de mucho.

LUCÍA. Acabemos,
¿de qué se trata?

MERC. Se trata
de un joven que hace un momento
se me ha insinuado de un modo
que... me ha faltado al respeto.

LUCÍA. ¿Luis quizá?

MERC. Justo. Luis Vega.
Usted me dirá qué debo
pensar.

LUCÍA. ¡Ay, hija! Es el caso
para mí de grave empeño.
¡No puedo decidir nada!

MERC. ¿Por qué?

LUCÍA. Porque ese mancebo

me hace la corte.

MERC. (¡Mentira!)
¿A usted?

LUCÍA. Hace mes y medio.
Y yo, la verdad, estaba
indecisa.

MERC. Lo comprendo.

LUCÍA. Pero es tan tenaz el hombre
y tan duro en el asedio...

MERC. Que usted estaba *si cade*
ó non cade..

LUCÍA. Lo confieso.

MERC. Como es usté una paloma
que aún no ha tendido su vuelo...

LUCÍA. Justamente.

MERC. Y él un pillo.

LUCÍA. Muy simpático.

MERC. Silencio,
ya vuelve.

LUCÍA. Por Dios, señora.

MERC. No se muera usted de celos
que voy á darle, en castigo,
el más profundo desprecio.

LUCÍA. Mi porvenir en sus manos
pongo.

MERC. Espéreme allá dentro. **(Doña Lucía entra en la casa.)**
¡Me río yo de las pájaras
recién salidas del huevo!

ESCENA XII

MERCEDES, LUIS.

LUIS. Señora, vengo á pedirla
perdón.

MERC. Atrás, caballero.
¡Le he dicho á usté que no vuelva!

LUIS. Y yo, sin embargo, vuelvo
porque cometí una falta
muy grave y ya no sosiego

si no me impone una pena
que alivie el remordimiento.

MERC. ¿Se ha arrepentido?

LUIS. Del todo.
Por insolente merezco
que me juzguen y me ahorquen. (Mercedes rompe á reir á carcajadas.)
(Asombrado,) ¿Se ríe usted?

MERC. Ya le creo.
(Muy seria.) Señor mío, usted dispense,
pero es usted un majadero.

LUIS. Ya me lo ha dicho usted antes.

MERC. Y tengo las pruebas de ello.
Siéntese usted. (Indicándole una mecedora.)

LUIS. ¡Que me siente!

MERC. Justo; en el sitio del reo.
Yo soy el juez. Esta causa
se va á fallar al momento.

LUIS. Prometo acatar humilde
la sentencia.

MERC. Así lo espero.
Conque... comienza la vista. (Dirigiéndose á él con gravedad.)
¿Y es usted el mujeriego
conquistador, que en tres días
ablanda el más duro pecho
y caza el amor con lazo
y las doncellas al vuelo?

LUIS. Señora...

MERC. ¡Usted es un pobre
estudiante de primero
de latín, que se figura
que todo el monte es orégano!
¡Ni usté ha tratado mujeres
ni sabe usted lo que es eso!

LUIS. ¡Caramba!

MERC. (Mimosa.) ¿Usted no ha entendido
¡Infeliz! que mi desprecio
era fingido?

LUIS. (Queriendo levantarse.) ¿De veras?

MERC. Sí, pero... estése usted quieto.
¿No ve usted, desventurado,
que aquel arranque soberbio

de sinceridad por fuerza
me atraía sin saberlo?

LUIS. ¡Bendita seas! (Con entusiasmo.)

MERC. (Seria.) ¡Eh! ¿Cómo?
¡que no autorizo el tuteo!

LUIS. Pero... este cambio...

MERC. Usted dice
que va al asunto derecho;
pues yo también voy al fondo
á ver si nos entendemos,
¡que en el amor y en la guerra
no se debe perder tiempo!
¡Tres días para rendirme!
Sobran dos días y medio
si quiero yo, y una vida
no basta si yo no quiero.

LUIS. ¡Señorita! ¡Usté es un ángel!

(Pausa. Mercedes le mira cariñosamente, se acerca poco á poco y acaba por sentarse en uuo de los brazos de la mecedora que él ocupa.)

MERC. ¿De veras te lo parezco?

LUIS. (Sofocado.) ¡Ay, santo Dios!

MERC. (Con mucha dulzura.) Calma, niño.

LUIS. Demasiada calma tengo.
Pero... ¿esto es burla?

MERC. No es burla.
¡A mí me gustan los genios
así, capaces de todo!

LUIS. ¡Sí, de todo! (Pretende rodearle el talle con el brazo.)

MERC. (Rechazándole suavemente.) Menos de eso.

LUIS. Pero si es que ya estoy loco,
que me abrasan los deseos
de abrazar...

MERC.. ¡Señor de Vega!
¡Nunca tocará este cuerpo
nadie, más que mi marido!

LUIS. Estoy rabiando por serlo.

MERC. ¿Lo juras?

LUIS. (Con pasión.) ¡Sí que lo juro!

MERC. ¡Ay, Luis! (Suspirando.)

LUIS. ¿Qué?

MERC. (Con mucha zalamería.) ¡Que no te creo!...

LUIS. ¿Qué pruebas quieres?
MERC. Ninguna.
Los hombres sois embusteros,
y olvidáis muy fácilmente
promesas y juramentos,
y aquí juega el amor propio;
la apuesta... (Separándose de la mecedora.)
LUIS. ¿Quién piensa en eso?
Lo que fué una tontería
es un asunto muy serio.
¿El matrimonio me exigen?
¡Hasta el matrimonio llego!
¿Quieres que te dé palabra
solemne de casamiento?
MERC. ¿Por escrito?
LUIS. ¡Por escrito!
MERC. Aquí hay papel y tintero. (Luis se levanta.)
LUIS. Y de anticipo... un abrazo.
MERC. En cuanto firmes.
LUIS. Y un beso.
MERC. Cuando delante del cura
rompamos el documento.
(Luis se sienta junto al velador y se dispone á escribir.)
LUIS. (Esta mujer vale un mundo;
me ha trastornado.) (Escribe.) «Prometo
mi mano de esposo á doña...» (Riéndose.)
¡No sé el nombre!
MERC. (Después de vacilar. Deja el hueco;
te lo diré cuando firmes.
LUIS. ¡Esto es chusco! ¡No lo entiendo!
MERC. Porque si lo sabes antes
puedo tener yo el recelo
de que mi hacienda y mi alcurnia
han influído, y no quiero.
LUIS. (Por lo visto es rica y noble.
¡Miel sobre hojuelas!) Pues fecho
y firmo. (Entregándole el papel.) ¡Ahí va!
MERC. Gracias. Choca.
Con este papel ya puedo,
si faltas á tu palabra,
poner un impedimento
en cuanto intentes casarte

con otra.

LUIS. ¿Yo? ¡Ni por pienso!
¡Teniendo esta alhaja! (Pretende abrazarla por segunda vez.)

MERC. (Deteniéndole.) Voy
á poner mi nombre.

LUIS. (Sujetándola.) Luego;
me corre mucha más prisa
lo prometido.

MERC. ¡Chist! Quieto.

Música.

LUIS. Lo ofrecido es deuda.

MERC. Claro que lo es,
pero mi promesa
cumpliré después.

LUIS. Es que la sangre se me abrasa,
es que me late el corazón,
es que no sé lo que me pasa
que nunca tuve esta emoción.

MERC. Calma, que no somos
marido y mujer.

LUIS. Pronto lo seremos.

MERC. Eso está por ver.
Pero si llegara
tan hermoso día,
cogidos del brazo
saldremos así,
para que nos miren
rabiando de envidia
á mí las mujeres,
los hombres á tí.

LUIS. Entonces, bien mío,
¡qué feliz seré!

MERC. Calma, caballero,
que aún no lo es usté.

LUIS. Será completa la dicha
cuando podamos llevar
una niñera delante
y un ama seca detrás.
Y nos pasaremos
todo el santo día

paseando juntos
por todo Madrid,
para que nos miren
rabiando de envidia
á tí las mujeres,
los hombres á mí.

MERC. Nada de ilusiones.

LUIS. Eso llegará.

MERC. Basta, caballero,
suélteme usté ya.
(Para clarearme
¡bonita soy yo!
ni digo que sí,
ni digo que no.)

LUIS. No seas esquiva,
déjate querer.

MERC. Calma, que no somos
marido y mujer.

Hablado.

LUIS. Te burlas; juegas conmigo
cómo si fuera un muñeco,
y con tu coquetería
me haces daño sin saberlo.

MERC. Es que las mujeres somos
como los niños pequeños,
y rompemos los juguetes
por ver lo que tienen dentro.

LUIS. ¿No quieres darme una prueba
de tu cariño?

MERC. No es tiempo.
Ya vendrán cuando maduren
los abrazos y los besos.

LUIS. Pues dame una flor siquiera
de las que adornan tu pecho.

MERC. ¡Hola! ¿Salió el amor propio
á relucir?

LUIS. No te entiendo.

MERC. Sí; tú quieres una prueba
plena de mi rendimiento
para darte en el casino
tono de audaz, de guerrero

afortunado, que toma
las fortalezas sin miedo
y en dos horas.

LUIS. ¡Dios me libre!

MERC. Pero, por si acaso, advierto
que yo no regalo flores
ni al que vaya á ser mi dueño
si no se toma el trabajo
de cultivarlas primero.

LUIS. Dispuesto estoy á ganarlas
por mis puños.

MERC. ¿Sí? Me alegro
mucho, porque todavía
no ha venido el jardinero
y puedes hacer sus veces.

LUIS. ¡Cómo!

MERC. Allí están sus trebejos, (Á la izquierda.)
agua abundante en la noria
y los macizos sedientos...
¡Con el sudor de tu frente
tienes que ganar el premio!

LUIS. Pues sea... ¡En cinco minutos
está el jardin como nuevo!

MERC. Así me gusta.

LUIS. ¿Y me ofreces?...

MERC. Un clavel... ¡No! ¡Un pensamiento!

LUIS. No hay más que hablar. (Vase rápidamente por la izquierda.)

MERC. ¡Pobrecito!
Ahora á llenar este hueco. (Se sienta á escribir.)

ESCENA XIII

MERCEDES, LUCÍA, luego FILIBERTO, CABALLEROS.

LUCÍA. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha marchado?

MERC. No; va á regar unos tiestos.

LUCÍA. ¿Qué dice usted?

MERC. (Dejando de escribir y levantándose.) Que no pude
resistir á sus requiebros
y lo he echado á perder todo.

LUCÍA. ¡Dios mío! No será cierto,
¿verdad?

MERC. Dentro de un instante
lo va usté á ver.

LUCÍA. ¡Ay, me muero!...

(Salen por la izquierda Filiberto y algunos caballeros.)

FILIB. ¿Da usté permiso?

MERC. Adelante,
señores. ¡Cuánto celebro
su venida, para darles
un notición estupendo!

FILIB. ¿De Luis?

MERC. De Luis.

FILIB. (Á los caballeros.) ¡Ay! Me escamo.
Me va á costar el dinero
la merienda.

MERC. ¡Chist! Él viene;
retírense aquí un momento
para darle una sorpresa.

LUCÍA. ¡Ay, amor, cómo le has puesto! (Mirando hacia la izquierda.)

(Todos se retiran formando grupo, de modo que al entrar no los vea Luis, que viene en mangas de camisa, sudoroso y jadeante, con zajones y un cubo y una regadera en las manos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LUIS.

LUIS. Aquí estoy, para qué el ama
me diga por dónde empiezo. (Todos se ríen á carcajadas.)
¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Se ríen
de mí! (Caí en el anzuelo.) (Suelta la regadera y el cubo.)

LUCÍA. ¡Cielos, qué facha!

FILIB. (Sin dejar de reir.) Una facha
de conquistador de pueblo. (Se acerca á Luis.)
¿Es ese el modo que tienes
de hacer el amor? ¡Sirviendo

de criado?

CAB. 1.º ¡El chasco es gordo!

LUCÍA. ¡Jesús, qué rebajamiento!

LUIS. Pero ¿qué dicen ustedes?
Yo estoy así porque quiero;
¡porque he triunfado!

MERC. Ha triunfado...
de si mismo. Fué indiscreto
ofendiendo á una señora
que nada le había hecho,
y ha aceptado ese castigo
tras el arrepentimiento.
(Burlándose.) Luis, en el fondo, es muy noble.

LUIS. Pero ¿qué está usted diciendo?
¡Ea, basta de comedias!
Me ha dado el sí. Soy el dueño
de su mano.

MERC. ¡Por Dios, hijo!
Y ¿cómo puede ser eso
si yo soy casada?

LUIS. ¡Cómo!

MERC. ¿Cómo ha de ser? Con arreglo
á cánones. Mi marido
es capitán de ingenieros,
y va á llegar esta tarde
á ofrecerle sus respetos. (Risas.)

LUIS. ¿Por qué me pidió usté, entonces,
palabra de casamiento?

MERC. ¿Yo? Señor mío, usté sueña.
(Entrega á Filiberto el papel.)
Joven, entérese de eso.

LUIS. (Esta mujer me aturrulla;
¡no sé qué pensar!)

FILIB. (Leyendo.) «Prometo
mi mano de esposo á doña
Lucía Beltrán...»

LUIS. ¡Qué!

LUCÍA. ¡Cielos!
¿No me engaña usted?

FILIB. (Entregándola el papel.) Señora...

LUCÍA. La firma... ¡sí! ¡Todo auténtico!

LUIS. Pero eso no sirve.

MERC. ¡Vaya

si sirve!

LUCÍA. Ha buscado el medio
de obligarme sin que estalle
su rubor .. ¡Tiene un ingenio!
(Á Luis.) Amor mío, me conmueven
esas finezas, y acepto.

LUIS. Déjeme usté en paz, señora.

LUCÍA. ¿Cómo en paz? El documento
está claro. No te casas
con otra... ¡Yo no te dejo!

LUIS. Mejor, asi estoy seguro
de que he de morir soltero.
Y abur, y gracias por todo. (Medio mutis.)

MERC. ¡Eh! Que se lleva usted puestos
los zajones, y se deja
su ropa.

LUIS. Es verdad. (Empieza á quitarse los zajone)

FILIB. Te advierto
que no hay que echar en olvido
la merienda.

LUIS. Te la debo.

LUCÍA. (Mimosa.) Cumplirás esta palabra,
¿verdad, nene mío?

LUIS. ¡Un cuerno!

MERC. Supongo que á esa comida
en el soto asistiremos
mi esposo y yo.

FILIB. (Á Luis.) Tú, ya lo oyes,
hay que aumentar dos cubiertos.

Al público.

MERC. Si exigís el hacer penitencia
para dar el perdón y el aplauso,
yo declaro que tengo un defecto,
¡el de ser ligerita de cascos!

MÚSICA.—TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.
El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.
La gente menuda, ídem íd. íd.
El baile de máscaras, ídem íd. íd.
Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.
La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
La moral casera, comedia en dos actos y en verso.
La lavandera, sainete en un acto y en verso.
Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La obra, juguete cómico en un acto y en verso.
El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.
El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.
El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.
La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.
El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.
Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.
La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.
La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.
Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.
El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La espuma, comedia en un acto y en prosa.
El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.
Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.